

{LA ESPIRAL DE LA LIBRETA}

El largo y tortuoso camino de Zelenski



Olga Merino

Periodista y escritora

DECÍA PATRICIA HIGHSMITH que, para coronar la montaña de una novela, el escritor debe adquirir cierto ímpetu, insuflar al proyecto un impulso sostenido hasta su conclusión, y de no ser de naturaleza optimista, más le vale al escalador fabricarse el brío de forma artificial. La necesidad de esa corriente de energía constante sería extrapolable a casi toda empresa humana, desde el matrimonio hasta la conquista de los polos. Y a la guerra, cómo no.

Volodimir Zelenski parece exhausto. Ha expresado cierto resentimiento hacia Occidente por estar esperando una victoria demasiado rápida en la contraofensiva, como si se tratara de una película de Hollywood. Razón lleva. Pero tras 20 meses de guerra,

después de tanta muerte y horror, una quinta parte de Ucrania sigue ocupada por Rusia. Su comprensible agotamiento resulta aún más palpable en el estupefacto reportaje que firma Simon Shuster en la revista *Time*, donde el líder ucraniano le confiesa: “Nadie cree en nuestra victoria como yo. Nadie”. E inculcar esa creencia en los aliados, requiere “todo tu poder, toda tu energía. ¿Lo entiende? Requiere mucho de todo”. También decae el entusiasmo bélico en casa, en los reclutamientos.

Auge y declive

Si Joe Biden había mandado un Air Force a Polonia para recoger a Zelenski en su primer viaje a Washington desde la invasión rusa

(diciembre 2022), en la segunda visita (septiembre 2023) la atmósfera cambió radicalmente. Los asesores del líder ucraniano intentaron en vano conseguirle una cuña en el canal Fox News y una entrevista con Oprah Winfrey. Pero nada; no salió, y eso que la competencia de Gaza, con sus horribles imágenes, aún no había tomado al asalto los televisores occidentales. (Llama la atención, por cierto, el doble rasero con los cortes de agua y luz, según a qué población civil afecten).

Con el fin de que los republicanos no se la descabalguen, Biden ha tenido que calzar la nueva remesa de dólares para Ucrania en un paquete global, como una inversión en futuros, que incluye ayudas a Israel, Taiwán y el aumento del gasto en seguridad en

la frontera con México. ¿Dos guerras con las elecciones a un año vista?

Washington teme sobre todo la expansión del conflicto por todo Oriente Próximo, que a buen seguro desembocaría en una conflagración entre superpotencias y con el petróleo saudí de por medio (Irán controla la salida del golfo Pérsico). Cada vez parece más claro que el atroz golpe de efecto que asestó Hamás del 7 de octubre fue una operación cuidadosamente planeada para colocar a la olvidada Palestina en el centro del tablero y rediseñar así por completo los equilibrios geoestratégicos de la zona. En el otro frente, Zelenski tendrá que seguir tirando del carro. Más solo. En el Capitolio, Jerusalén pesa más que Kiev.

{VERDIALES}

Deseo

Maestras, que descubre a mujeres artistas ignoradas por la historia, pero lo que a las creadoras nos hace falta es dinero para, precisamente, poder crear. ¿Recuerdan la escena de la película *Jerry Maguire* (1996) en la que el personaje interpretado por Cuba Gooding Jr. le dice, a voz en grito, al de Tom Cruise “Show me the money!” (“¿Enséñame el dinero!”)? Pues lo mismo.

Pero, claro, teniendo en cuenta que hay quien se atreve a cuestionar, hasta decidir, los temas sobre los que las mujeres debemos escribir, mal vamos en el empedrado (este sí) camino hacia la igualdad. Ya lo escribió Goethe, que no Cervantes: “Ladran con fuerza (...) / pero sus estridentes ladridos / solo son señal de que cabalgamos”. Además, el enfado no es un buen catalizador creativo para mí y, como decía mi abuela Antonia: “No hay mayor desprecio que no hacer aprecio, prenda”.

Mejor, por tanto, volver a Isabel Coixet, cuyo universo creativo se extiende, también, a las ondas. En Radio 3, dirige y presenta *Alguien debería prohibir los domingos por la tarde*, programa que se emite entre las 17.00 y las 18.00 horas, en ese momento que la cineasta define como “el triángulo de las Bermudas de la semana”. Es decir, los domingos por la tarde. Mientras escuchaba el último, tras haber visto *Missing* (1982), la película de Costa-Gavras sobre el golpe de Estado de Pinochet, las palabras de Coixet, mezcladas con la música exquisita que siempre elige, igual que en su cine, y con el olor del pisto que estaba cocinando, me llevaron a una escena de *A Single Man* (2010), la adaptación cinematográfica que Tom Ford hizo de la novela *Un hombre soltero*, de Christopher Isherwood. En la escena, George (Colin Firth) y su pareja, Jim (Matthew Goode), están sentados en un sofá, uno frente al otro, leyendo, mientras

fuera arrecia una tormenta de nieve que devendrá en catastrófica. Uno de ellos, no recuerdo quién, dice algo así como: “Podría pasarme la vida leyendo a tu lado”, la declaración de amor más bonita que se puede hacer.

Esa misma tarde, después de Costa-Gavras, de Coixet, del cocinado y la plancha, protagonicé una escena bien parecida a la de *A Single Man*. L. pasaba las páginas de la última novela de Ian McEwan y yo leía *Una estela salvaje* (Gatopardo), un precioso libro en el que Kathryn Schulz cuenta su tránsito entre el dolor por la pérdida de su padre y la felicidad al enamorarse de la mujer que luego fue su esposa. “Eso es todo lo que quiero, pienso en esos momentos y en otros incontables, una y otra vez, en los próximos cien mil años. Esa es la esencia del amor correspondido y el estado más glorioso al que uno puede aspirar: desear solo lo que ya se tiene”, escribe Schulz, y yo siento y asiento.

{TRIBUNA}

Reinas pop



Agnès Marquès

Periodista

SOY DE LAS AFORTUNADAS que ha podido dejarse medio riñón para ir a ver el que quizá sea el último concierto de Madonna en Barcelona. Ella fue mi primer gran concierto cuando yo tenía 9 años y hoy toca cerrar el círculo con este concierto de grandes hits 34 años después. Nunca he sido

una fan incondicional, pero Madonna siempre ha sido rompedora y avanzada a su generación, un lugar donde estar puestos a estar en alguna parte. Especialmente ahora que el nuevo icono pop es alguien que, más allá de la ternura que pueda despertar por su edad y aparente timidez, representa ya una institución que es todo lo contrario. En el último mes, con motivo de su formación castrense y su mayoría de edad, la princesa Leonor se ha convertido en la nueva imagen de la Corona, algo así como un mirlo blanco, la esperanza del futuro de la Corona e icono de una nueva generación (y regeneración). El instrumento perfecto para darle la vuelta a la imagen de la realeza española.

Abrumada

Todo un Congreso a rebosar de diputados y senadores aplaudiendo durante cuatro largos minutos a la que está llamada a ser la futura reina de España, una chica de 18 años que parecía más abrumada que convencida de lo que allí hacía. Parecía comprender que algo no encaja. Su juventud en el siglo XXI y en el seno de una monarquía, institución que jamás podrá ser sinónimo de modernidad e igualdad de los ciudadanos, de juventud, de esperanza, de apertura, de oportunidad, de ruptura. Todo lo que se le atribuye a la juventud queda fuera de la idea de monarquía. Y más cuando la heredera es una mujer que ya está siendo tratada con un sesgo paternalista propio de ese machismo que rezuma nuestra sociedad casi sin darnos cuenta.

La princesa a mí me llega tarde como fenómeno pop y confieso que en casa estoy haciendo un poco de adoctrinamiento antiprincesas Disney, que si esto va de reinas hay otros modelos como Madonna, reinísima de la vida.

{A SILVEIRA DE KIKO DA SILVA}



Hace unos días, coincidí con Isabel Coixet en la entrega de premios a las Mujeres del Año de la revista *Glamour*. Ella estaba allí para recibir el galardón a mejor directora, y yo como invitada, ni más ni menos. En su improvisado discurso, la cineasta dijo dos cosas con las que me sentí muy identificada, no como mujer, sino como creadora. La primera tiene que ver con la peculiar relación que mantengo con las palabras, hacia las que nunca siento indiferencia, de ahí el cuidado que pongo al escogerlas, ya sea escribiendo o hablando.

Coixet aseguró que a ella el verbo empoderar (“Hacer poderoso o fuerte a un individuo o grupo social desfavorecido”) y la palabra derivada del mismo, empoderamiento, no le gustan, (dis)gusto que comparto. No sé en su caso, pero en el mío ese desagrado tiene tanto que ver con su grafía y pronunciación como con su significado. A la directora de *Mi vida sin mí* (2003), película que adoro pese a que la primera vez que la vi me provocó una llorera que se prolongó más allá, en el tiempo y en el espacio, de la sala de cine, no le dicen nada esos términos si no van acompañados de financiación.

Es decir, que está muy bien rodearse de palabras como feminismo o sororidad, reflejadas, por cierto, en las paredes de la nueva exposición del Museo Thyssen,